

Las fiestas *a redol* de Moncayo

VICENTE M. CHUECA YUS

La comarca de Tarazona y el Moncayo es una tierra de frontera. A lo largo del tiempo, diversas civilizaciones han dejado su impronta en ella. Los años se han jalonado de distintas fiestas y ritos que han ido creando tradiciones.

Algunas costumbres perviven hoy en día, otras pasaron al rincón de la memoria. Unas señas de identidad que se repetían todos los años para integrar a los individuos en un colectivo, para asegurar una buena cosecha, para preservarse del mal o para exteriorizarlo y servir de catarsis.

Así, han surgido fiestas como el *Cipotegato*, el *Pesaje de los niños* o el *Encierro andando*. Pero junto a ellas, a lo largo de las cuatro estaciones, pequeños ritos lúdicos y religiosos han garantizado la continuidad de la montaña. Los dances o *palotiaus*, las romerías a la Virgen de Moncayo, a Veruela, las rondas y llegas, las mulillas o las recogidas de tortas y vino son algunas de las manifestaciones y tradiciones más conocidas. No olvidemos que todas tienen su significado. El calendario anual de la localidad a la que pertenecen nos indicará la llegada de la fiesta, o lo que es lo mismo, de la protección total a las personas y actividades de sus habitantes durante los doce meses siguientes.

También debemos ser conscientes del carácter comarcal que algunas de ellas van tomando, hasta convertirse en representativas de nuestra tierra. Muchas se han adaptado, pues la tradición no permanece estática y las nuevas circunstancias les afectan, pero su capacidad de asumirlas y transmitir las las convierte en un nexo de unión entre el pasado y el futuro... Y lo que es más importante, entre nosotros.

Todas estas historias comienzan con la presencia de las hogueras en invierno. Santa Bárbara, Santa Lucía o la hoguera de Navidad parecían ser el intento de los moncaínos por conservar la luz ante las pocas horas de sol de estas fechas. La matacía favorecía estos festejos al igual que la existencia de torreznos, choricitas y morcillas que, junto a las más habituales patatas, se asaban en las brasas.

Los mozos se dedicaban a saltar por encima de ellas, a *blincar*, para demostrar su valor. No hay que decir que el vino ayudaba a tomar impulso.

Con la Navidad irrumpían zambombas y panderetas. Los mocetes recogían el *agui-lando* y devoraban almendras, higos, mostillos y otros frutos secos.

Enero era el mes de San Antón, San Sebastián o San Vicente. Ya en febrero, la Candelera o San Blas. Seguía siendo tiempo de hogueras, comer el mondongo de la matacía y recorrer los pueblos con procesiones, auroras, albadas y rondas. Fiestas para proteger animales, para buscar novio, adivinar el tiempo, prevenir los males de garganta o ensalzar a los quintos de ese año. Litago, Lituénigo, Alcalá de Moncayo, Malón o Torrellas, entre otros, sabían de estas celebraciones.

Carnaval y Semana Santa se constituían en las fiestas predominantes en el período siguiente del año. Disfraces de *mazorrios* o *cipotegatos*, *caretos* o *madamas* inundaban las calles con ropajes sacados de los arcones, caras manchadas de harina y ganas de diversión. En Lituénigo se rendían, y rinden, honores a la Virgen del Río con una procesión ruidosa con disparos de trabucos. El jueves lardero anunciaba la última oportunidad para comer carne, salvo el intermedio de la Vieja, en medio de la Cuaresma. La Semana Santa iba a llegar.

Procesiones, matracas, carracas, los oficios y el monumento se encargaban de remarcar los distintos episodios de la muerte y resurrección de Cristo. Los encuentros de María y Jesucristo volvían a vivirse en todas las localidades de nuestra comarca. El reloj, en este caso de la Pasión, seguía funcionando.

El buen tiempo de la primavera permitía la aparición de las romerías en las distintas localidades que rodean el Moncayo. Era época de culecas y cortesías, como el día de San Jorge, en Grisel. Tampoco podemos olvidar las visitas a las ermitas de Santipol en Novallas, el Pilar en Malón, San Roque en El Buste o Santa Rosa en la Plana del Rosel, donde acudían los de Cunchillos y Tarazona.

Se acompañaba este periodo de otras fiestas como las de la Santa Cruz, San Miguel, San Isidro en Añón de Moncayo y Vera de Moncayo, o la Ascensión y el Corpus, entre las más celebradas, sin olvidarnos de los mayos.

Para San Juan o San Pedro, días que marcan el momento máximo de esplendor natural, eran habituales ritos como enramar las casas de las muchachas, bañarse en determinadas aguas, mirar el sol, curar las hernias o quitar las verrugas.

En el comienzo del verano, tiempo de recoger cosechas, el trabajo limitaba las posibilidades de esparcimiento. El *Quililay*, romería de ascenso a Moncayo, irrum-

pía al inicio de estas semanas de intensa actividad. Esporádicamente aparecerían otras fiestas en el mes de julio, como la muerte de San Benito, patrón eremita de Los Fayos, donde lo conmemoran hasta tres veces, los *Tres San Benitos*, o la romería a las Cuevas, en Añón de Moncayo. Se mantenía así la llama de la alegría hasta la llegada, de nuevo, de las subidas a la Virgen de Moncayo, ya en agosto.

Santa Brígida en Vera de Moncayo, la Virgen y San Roque en Trasmoz, Añón de Moncayo, El Buste o Grisel daban a este mes un carácter lúdico. La Virgen del Rosario en Vierlas, San Agustín en Los Fayos y San Atilano en Tarazona, con la algarabía de su víspera del *Cipotegato*, ponían el punto y final. Estas jornadas, con sus procesiones, misas y bailes, rondas y llegas, constituían uno de los momentos festivos claves. Todavía hoy mantienen ese carácter merced a su coincidencia con el período vacacional, que llena de propios y extraños los pueblos.

La Virgen de septiembre, la Cruz o el Santo Cristo, junto con San Miguel, nos muestran un círculo del año que parece ir cerrándose. Las recogidas de tortas, mulillas o la tradición del *Pesaje de los niños* son el epílogo de las llegas y el aviso de la inminencia del otoño.

Noviembre anunciaba difuntos y calabazas, procesiones de ánimas por la silueta del Moncayo. La Virgen del Río, patrona de Tarazona, San Martín patrón del pueblo del mismo nombre o la Virgen de Veruela jalonaban el mes. Las luces de las hogueras volvían a ser símbolo de esperanza, estaban a punto de volver a brillar... El mundo seguía girando.

Como hemos dicho, todas las fiestas eran importantes en Moncayo. Nuestro talante acogedor nos ha permitido darlas a conocer fuera de nuestro territorio. Incluso algunas han recibido el respaldo institucional del Gobierno de Aragón con su declaración como fiestas de interés turístico. Por razones evidentes de espacio os presentamos algunas. Todas las que están, son; pero todas las que son –serían todas– no están.

El *Cipotegato* en Tarazona

El *Cipotegato* es una de las fiestas más representativas de la comarca. Todos los 27 de agosto, un personaje vestido con un traje colorista, sale corriendo del ayuntamiento de Tarazona y atraviesa la antigua plaza del Mercado para emprender un recorrido secreto por las calles de la ciudad. Una lluvia de tomates lo atenaza, mientras sus amigos se encargan de facilitarle el paso y él mismo intenta alejar a los perseguidores más osados con la ayuda de una vara de fresno de la que cuelga una pelota de trapo. Tras volver a la plaza, sus paisanos lo izan en hombros entre vítores y, de nuevo, el tomate sobrante vuela de unos a otros, impulsando un jolgorio que continúa con charangas, agua y pasacalles.

Las teorías sobre la raíz de este ritual son diversas. Las noticias más antiguas, según Elisa Sánchez –que cita a otros autores– hacen mención a un personaje



Tarazona. *Cipotegato*

creado por Felipe II y que ya en los siglos XVI-XVII abría camino a las autoridades municipales con un *pellexo de gato*. El disfraz, hoy de dos piezas y tradicionalmente de una, conserva algo de ese aire gatuno. Tampoco olvidemos que la rapidez y la astucia, características de estos animales, son cualidades aconsejables para el *Cipotegato*. Según este punto de vista, el germen de la fiesta sería municipal y el *Cipotegato* un personaje único vinculado al concejo y al hecho de abrir paso en cortejos festivos.

No obstante, una serie de estudiosos hacen hincapié en la documentación del archivo catedralicio turiasonense, aportada por Carlos Escribano y datada en el siglo XVIII, que relaciona a nuestro personaje con la solemnidad del Corpus Christi, fiesta grande en la ciudad que había perdido cierto relieve frente a la conmemoración de la llegada de las reliquias de San Atilano en 1644.

El *Cipotegato* aparecería la víspera del Corpus, denominándose *pellexo de gato* por llevar uno para *acallar a los niños*. Su misión consistiría en despejar el camino, aunque en este caso al cabildo turiasonense. Le pagaba la propia Iglesia de Tarazona con un presupuesto al margen de los danzantes. Estaríamos hablando, en todo caso, de un origen eclesiástico y de un personaje, único, ligado al cabildo.

Otra posible raíz, propuesta por José M^a Sanz y desarrollada por F. Roda y Antonio Beltrán, se hallaría en el antiguo dance de Tarazona. Los dances o *palotians*, como también se denominan en nuestra comarca, eran representaciones que incorporaban teatro, danza y música. Entre sus personajes típicos, además de los dan-

zantes, el ángel o el diablo, aparecería el *Cipotegato*, *zaputero* o *cipotero*, según informaciones de Luis Miguel Bajén y Mario Gros.

Algunos autores proponen que su tarea, al menos a principios de siglo XX, consistía en ahuyentar a los niños, como en el siglo XVIII, para que no estorbasen en el dance. En algunos lugares, como El Buste y Vera de Moncayo, llegaban a participar en el propio *palotiau*.

De nuevo estaríamos hablando de una procedencia eclesiástica o derivada, cuando menos, de un hecho religioso, cuya relación e implicación directa en los dances dependía de las localidades. En este último caso sería una figura con un sentido más colectivo.

Víctor Azagra afirma que, en la década de 1930, el *Cipotegato* salía al toque del reloj del ayuntamiento, perseguido por la chiquillería que le tiraba, ocasionalmente, troncos de lechuga, sustituidos en los años cuarenta por tomates. El hecho de correr entre los tomates ayudó a configurar una nueva teoría sobre la raíz de esta fiesta, según la cual se trataría de un reo condenado a sufrir una suerte de lapidación de la que podía escapar huyendo por las calles de la ciudad, ya que si sobrevivía a la lluvia de piedras alcanzaba la libertad.

En resumen, la figura del *Cipotegato* ha ido cambiando a lo largo de la historia. Las primeras noticias concretas lo asocian a la celebración del Corpus Christi, a las procesiones de la Iglesia y a los dances. Luego lo descubrimos la víspera de la conmemoración de la traslación de la reliquia de San Atilano acompañando al concejo y a los gigantes. Tras la desaparición del dance de Tarazona se convertiría en un motivo de divertimento para la chiquillería. A mediados del siglo XX la fiesta adquiriría su fisonomía actual en la que el *Cipotegato* ha pasado de perseguido a perseguidor y se ha convertido en motivo de atracción, respaldada por su declaración de Fiesta de Interés Turístico de Aragón en 1998.

El Pesaje de los niños en Lituénigo

En las tierras de Moncayo la mayoría de la población ha dependido tradicionalmente de la agricultura, uno de cuyos cultivos básicos era el trigo. Además de constituir un medio de vida, pues con él se hacían los panes cotidianos, cumplía un papel ritual y simbólico en las rosquillas de fiestas y el pan dormido, en la bendición de los campos o cuando se arrojaban espigas a la calle para dar suerte y propiciar felicidad y abundancia a las parejas de recién casados, como citan Luis Miguel Bajén y Mario Gros. La fertilidad de la tierra y del hombre iban unidas.

Lituénigo es uno de los lugares donde el rito de sacralización del trigo alcanzó, y todavía alcanza, una de sus plasmaciones más interesantes. San Miguel Arcángel, celebrado cada 29 de septiembre, es el patrón de la localidad y ocasión de su fiesta mayor, prolongada a la jornada siguiente, en el día de *San Miguelico*.

Con la cosecha guardada en los graneros, marcaba tradicionalmente la fecha de pagos y nuevos contratos.

Es tradición, según recogen fotográficamente Luis Miguel Bajén y Mario Gros, realizar una llega o recogida de trigo. Los mayordomos, encargados de *allegarse* el cereal, protagonizan los actos. Para fomentar la participación hoy en día se eligen por calles y riguroso turno, como explica Jesús Hernández.

En una balanza romana, custodiada en el Museo del Labrador, se pesan los niños y niñas nacidos durante el año, antes en Lituénigo y en la actualidad naturales del pueblo o descendientes de familias que no renuncian a sus orígenes. También el pesaje se ha convertido en un gesto simbólico, pues en el fondo no se trata de equilibrar las cestas del bebé y del grano, ya que éste es siempre más abundante.

Concluida esta operación se procede a la subasta, con la fórmula de tantos. Se crea un pasillo humano a ambos lados de la entrada de la iglesia de la Purificación de la Virgen. La subasta comienza y a cada oferta el pujador camina por el pasillo para coger una llave colgada en la puerta. El precio supera siempre al real del mercado, de manera que cuando el ganador toma la llave y la besa está donando una cantidad de dinero para San Miguel.

En los orígenes de esta fiesta se mezclan historia y leyenda. Cuentan que un matrimonio que no podía tener descendencia pidió consejo a un fraile capuchino, quien les aseguró que debían encomendarse a San Miguel y ofrecerle, como limosna, el peso en trigo de la criatura recién nacida. El hijo llegó y los padres cumplieron su promesa.



Lituénigo. Pesaje de los niños

Es indudable la conexión simbólica entre la balanza física para el peso del trigo y los niños y la figura de San Miguel, al igual que la noticia recogida por Luis Miguel Bajén y Mario Gros –citando a L. Lozano– de que los habitantes de Lituénigo entregaban un tributo en trigo a la Iglesia, por San Miguel, ya en 1295. El pago del diezmo parece estar en el trasfondo de este ritual, pues también existe en el lugar una *pedra del aborcado* que recoge otra leyenda vinculada al pago de impuestos. Sin embargo, no podemos olvidar su marcado carácter integrador: con esta ceremonia el niño ingresaba públicamente en la comunidad.

El *Pesaje de los niños*, declarado como Fiesta de Interés Turístico de Aragón en 1998, está en pleno auge y en la actualidad tiene lugar el último domingo de septiembre.

El Encierro andando de Novallas

Vacas es sinónimo de fiesta. Sin ellas el esparcimiento y la algarabía serían imposibles en algunas localidades de nuestra comarca como Añón de Moncayo, Santa Cruz de Moncayo, Vera de Moncayo, Litago, Tarazona o Novallas. Encierros, *ros-caderos* o torear siguiendo la suerte de Cúchares, son tradiciones que se hallan fuertemente arraigadas entre la población, que participa como agentes activos o como simples espectadores.

Dos de los monumentos civiles más significativos de Tarazona testimonian la importancia de la afición taurina. Cuando a mediados del siglo XVI se levantó el actual ayuntamiento, el acuerdo concejil subrayó que el edificio cumpliría las funciones de lonja, granero y *mirador de bueyes*, es decir, palco para que las autoridades municipales y sus invitados contemplasen los espectáculos taurinos. En 1792 éstos se trasladaron a la plaza de Toros Vieja, un singular conjunto de viviendas que conformaban un coso taurino, en uso hasta 1870.

La existencia de pastos para este tipo de ganado en la Dehesa del Moncayo constituyó un factor determinante. Así, el consistorio turiasonense llegó a tener su propia manada de reses bravas y en el término de Morana, cercano a Añón de Moncayo, las tradicionales serranillas eran por lo general vaqueras. La proximidad a Navarra, donde estos espectáculos gozan de un arraigo excepcional, también ha influido en el interés que las gentes de nuestros pueblos han demostrado y demuestran por este tipo de festividades.

Antiguamente, las vacas se traían andando desde su lugar de pastos a las poblaciones. Novallas ha conservado esta tradición, al igual que la del toro ensogado. La celebración en Novallas, a mediados de septiembre, del tradicional *Encierro andando* no es más que la vieja constatación de la relación del hombre con el toro. Las diversas ganaderías navarras acudían al paraje conocido como Navallo y allí se tranquilizaban las reses que, al día siguiente, serían bajadas a la localidad. Recientemente, charangas y almuerzos acompañaban este acto cargado de alegría y emoción.

Las romerías

Las romerías son peregrinaciones a ermitas o lugares santos que se repiten periódicamente cada año. Tienen un carácter festivo, de forma que los actos religiosos se acompañan de música, entretenimientos y comidas de confraternización. La costumbre de acudir a estos lugares permanece muy arraigada en los comportamientos colectivos de la población. En el transcurso de la historia, diversas religiones y culturas han incorporado estos lugares a sus respectivas tradiciones. Con el buen tiempo comienzan a aparecer en nuestro territorio esas citas, que jalonan el calendario prácticamente desde abril a septiembre.



Grisel. Los romeros de Samangos acuden a las cortesías

Una de las más tempranas tiene lugar el 23 de abril en Grisel. En ella se evoca la hermandad que existió entre sus habitantes y los de Samangos, en la actualidad un despoblado del que sólo quedan la ermita y algunos vestigios. Ese día un grupo de personas acude allí para oír misa y procesionar con la Virgen de las Mercedes. Mientras, convecinos y amigos hacen otro tanto en Grisel y se ponen en marcha portando a la Virgen de la Huerta. Ambas comitivas se encuentran a medio camino y retornan juntas a Grisel para ejecutar frente a la iglesia diversas cortesías con los pendones, como prólogo de una jornada de esparcimiento.

Sin duda, entre las Vírgenes, Cristos y santos honrados con distintas romerías sobresale la Virgen de Moncayo que, al menos desde la Baja Edad Media, recibe culto en un oratorio bajo la Peña del Cucharón. Diversas localidades acuden en plegaria a lo largo del mes de junio y principios de julio y, superada la pausa de la cosecha, en agosto y septiembre.

En Tarazona, esta romería se conoce como el *Quililay*, nombre que según Antonio Ubieto proviene del ritmo con que el tamborilero marcaba el paso a los romeros. No hemos de olvidar que el tambor era instrumento para crear ritmos y remarcar determinados momentos de la vida. Sirva por ejemplo la llega de Lituénigo, con toque festivo de tambor, como demuestran diversos testimonios gráficos de este acto. Valeriano Bécquer reproduce también, en uno de sus dibujos, a estos tamborileros moncaínos haciendo las veces de alguacil.

Según José M^a Sanz, el *Quililay* parece instaurarse en el siglo XVI, concretamente, entre 1515 y 1521. Por entonces, el cabildo catedralicio, propietario del santuario, concedió permiso permanente, sin necesidad de renovación anual, para que al

comienzo del verano los devotos, en particular los labradores que imploraban protección para sus cosechas, *puyaran en procesion a Moncayo*.

En esencia, el ritual se mantiene todavía. Tras escuchar misa en la Seo, los romeros marchan en procesión hasta el Crucifijo, humilladero próximo al ojo o nacedero de San Juan, límite histórico del recinto urbano. Desde allí ascienden hasta la fuente del Sacristán y al santuario. Hoy, el Ayuntamiento ofrece a todos los asistentes un almuerzo de migas y, tras la misa, el cabildo corresponde como el reparto de judías para la comida, a la que siguen una serie de actos festivos. Con la tarde comienza el descenso durante el que se cortaban hojas de acebo y rebollo que servían, una vez bendecidas, para proteger la casa. En el Crucifijo se organizaba una procesión que, con los portacirios denominados del *Cierzo* y *Regañón*, concluía en la entrada de la catedral.

En las noticias más antiguas citadas por José M^a Sanz están ya presentes localidades de Castilla –como Beratón o Vozmediano– y Navarra –como Cascante o Monteagudo–, lo que no es de extrañar dado el carácter de frontera de nuestra comarca. Del mismo modo, otras romerías como la de la Virgen de los Milagros en Ágre-da o la de Nuestra Señora del Camino en Monteagudo han contado –y todavía cuentan– con amplia participación aragonesa.

También extiende su influencia por una zona amplia la Virgen de Veruela, a la que acuden pueblos de las comarcas del Campo de Borja y de Tarazona y el Moncayo. Asimismo la de la Aparecida, a la que acuden los de Alcalá de Moncayo, o la culeca que comen en Torrellas de camino a la ermita de la Cruz, van marcando el paso del tiempo hacia septiembre.

A las romerías de Santipol en Novallas –donde se daba de comer almendras y mollete–, San Miguel o San Sebastián se añaden a otras cuyo eje común era establecer diversos rituales de protección en torno a una figura cristiana, pero a menudo con raíces muy evidentes en el culto a la naturaleza.

Los dances o *palotiaus*

Los dances o *palotiaus* –pues ésta es la denominación que reciben en nuestra tierra– son un conjunto de representaciones festivas que combinan la música, el teatro y el baile. Se celebraban para festejar a los patronos o patronas de la localidad y comportaban una suerte de renovación del pacto que los unía. Con ellos se invocaba, pues, su protección para el pueblo.

Sus orígenes, todavía poco claros, parecen arrancar, a decir de estudiosos como Antonio Beltrán, Lucía Pérez o Luis Miguel Bajén y Mario Gros, en el siglo XVII. Para el primero de ellos, la zona del somontano de Moncayo registra la mayor densidad de Aragón en dances, mostrando una cierta homogeneidad y rasgos diferenciadores. Diversos testimonios demuestran su existencia en Alcalá de Moncayo,



Añón de Moncayo. *Paloteau* de El Buste

Añón de Moncayo, El Buste, Grisel, Litago, Malón, Novallas, San Martín de la Virgen del Moncayo, Tarazona y Vera de Moncayo.

Todos tenían, junto a los danzantes, un conjunto de personajes más o menos comunes: un ángel simbolizando el bien, un diablo como representante del mal, así como un mayoral y un rabadán, protagonistas que dirigirían nuestra mirada hacia las antiguas pastoradas y autos sacramentales del siglo XVI. En Tarazona, El Buste o Vera de Moncayo contaba, además, con la presencia privilegiada del *Cipotegato*.

Los danzantes iban ataviados con alpargatas, medias con los habituales cascabeles, calzón corto, sayeta o falda, camisa con banda o no, y pañuelo. Portaban el palo, que les daba nombre, *paloteador*, y que les servía para escenificar el baile al son de las mudanzas. En otras ocasiones llevaban un arco de flores. Según Antonio Beltrán, son claras las alusiones al mundo agrícola y a las músicas de palos del siglo XVIII.

Para este investigador, las mudanzas se ejecutaban en diversos momentos de la celebración festiva y religiosa y eran independientes de la representación teatral religiosa, de la que constituían unos intermedios. Mayoral, zagal, diablo, ángel y cipotegato desgranaban diversos diálogos y monólogos de exaltación del patrón o Virgen, crítica a los otros danzantes, acontecimientos locales o a las autoridades del pueblo.

Aunque los textos fueron creados en verso por gentes letradas, que los conservaron en forma de cuadernos, la tradición oral jugó un papel importante en la trans-

misión y modificación de las narraciones. De igual manera, los ropajes cambiaron. Así, enseguida las sayetas fueron sustituidas por pantalones largos, más próximos al mundo navarro.

Los instrumentos musicales también conocieron transformaciones. La gaita o la dulzaina y el tambor dieron paso a modernas charangas. La tradición no era algo inmóvil, conservaba esencias y transformaba otras. Las músicas incorporaron polcas, vales, pasodobles, etc. Es el propio colectivo social del pueblo el que favorece las novedades, a veces tan claras como la irrupción de la mujer en el dance.

La recogida de tortas o las mulillas

La tradición de rondar o llega es una de las más asentadas en nuestra comarca. En tiempos pretéritos, los quintos solían pasar por todo el vecindario a demandar rosquillas, tortas y moscatel o cualquier otro licor con el que amenizar sus fiestas. Recorrían todas las casas, a menudo disfrazados, sobre todo durante el Carnaval, con guitarras y rondando, siempre de manera especial a las muchachas. Se ayudaban a menudo de unos *cóvanos* hechos de mimbre que acarreaban unas mulillas, esquiladas para la ocasión de forma curiosa.

Al igual que se realizaban recorridos prefijados con las procesiones eclesiásticas, estas, llamémosles, procesiones laicas, se encargaban de preparar la fiesta, pero también de hacer que todo el pueblo supiera quién era quinto, o quiénes organizaban una fiesta. Las puertas rara vez permanecían cerradas, siempre *caía algo*, o los mozos llevados de su ímpetu, siempre *veían algo* que, rápidamente, colectivizaban. Estos obsequios eran una manera de pulsar el nivel de integración de las familias en la vida colectiva de un pueblo.

Actualmente, siguen realizándose en casi todos los pueblos. Hay que destacar la tradición ininterrumpida de las de Santa Cruz de Moncayo, donde en las fiestas patronales de mayo los quintos y quienes quieren unirse a ellos acuden a *recoger las tortas*. Lo mismo se puede decir de las de Torrellas, cuyas mulillas, celebradas para el Santo Cristo de septiembre, han mantenido cierta continuidad hasta la actualidad.

Otras fiestas

Desde la Edad Media es conocida la costumbre de disfrazarse en Carnaval, tanto las personas mayores como los niños. *Mascarutas*, *caretos* y *madamas* recorrían las calles los domingos, lunes y martes de Carnaval, sin olvidar el domingo de *piñata*. Carnestolendas triunfaba.

Cipotelegatos del Moncayo



Cipotelegato de Tarazona moderno y antiguo

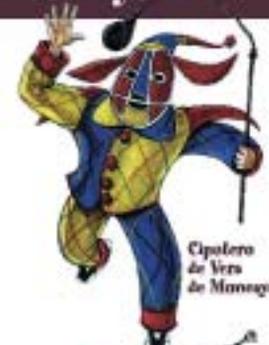
Cipotelegato de Anser



Cipotelegato de El Busto

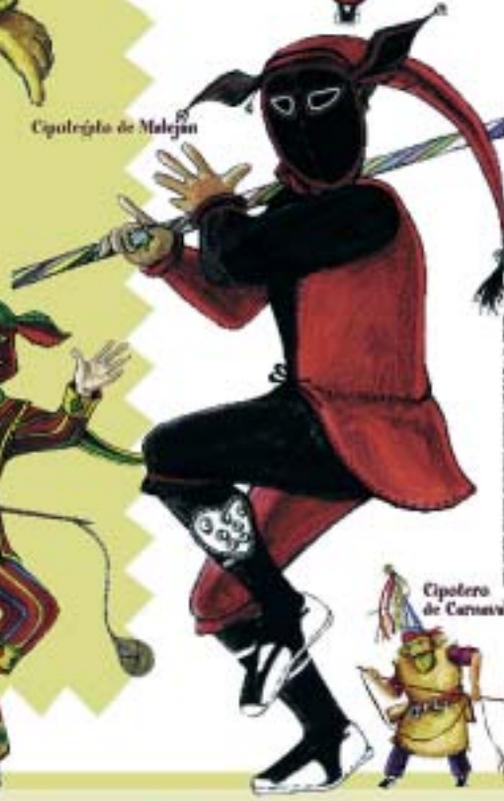


Cipoteros, Zaputeros, Cipotelegatos... de las tierras del Moncayo



Cipotero de Vera de Moncayo 2

Cipotelegato de Maleján



Cipotelegato de Orizabal



Cipotero de Vera de Moncayo 1



Cipotelegato de Valdebarate



Cipotero de Carrión





San Martín de la Virgen del Moncayo.
Procesión del Santo Cristo

También tenemos noticia de otros festejos vinculados al disfraz, a la inversión de papeles, como los *obispillos*, el *rey de gallos* y los Santos Inocentes. En la misma línea, aunque con un sentido religioso, los niños se vestían con ropajes diversos el día de la Santa Infancia, recordando así las diversas naciones del mundo en que misionaba la Iglesia Católica.

Quizás como eco de esas fiestas más profanas, nos han llegado testimonios, recogidos por Miguel Ángel Notivoli para Novallas o para Vera de Moncayo, de las jornadas en las que los niños se convertían en regidores municipales. Vestido como un adulto, con banda y sombrero, el nuevo alcalde asistido por su concejo se encargaba del

gobierno del pueblo. Poco duraba la alegría infantil, pues el día siguiente traía el orden natural de las cosas.

Fiestas y festejos poblaban, y pueblan, nuestra comarca. Un mundo que te invita a comer, beber y bailar en una ronda sin fin.

Bibliografía

- BAJÉN, L. M., y GROS, M., 1999, *La tradición oral en el Moncayo*, Colección Aragón-LCD, Zaragoza.
- BAJÉN GARCÍA, L. M., y GROS HERRERO, M., 2003, *La tradición oral en el Moncayo aragonés*, Zaragoza, Diputación de Zaragoza.
- BELTRÁN MARTÍNEZ, A., 1992, «Etnología y antropología cultural en la comarca del Moncayo», *Tvriaso*, X, (Tarazona), t. II, pp. 565-599.
- ESCRIBANO SÁNCHEZ, J. C., 1982, «El Cipotegato hace doscientos años», *Tarazona Informativa*, 31-32, (Tarazona), p. 19.
- HERNÁNDEZ JIMÉNEZ, F. J., 1979, «Ritos y costumbres del somontano Ibérico recogidos en Lituénigo (Zaragoza)», *I Congreso de Aragón de Etnología y Antropología*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», pp. 245-248.
- RODA HERNÁNDEZ, F., 1981, «El Cipotegato de Tarazona y personajes similares», *Cuadernos de Etnología y Etnografía de Navarra*, 37, (Pamplona), pp. 83-121.
- SÁNCHEZ SANZ, M^a E. «Y en Tarazona: Pasillo a Cipotegato», *Revista Narria*, 51-52, (Madrid), pp. 48-50.
- SANZ ARTIBUCILLA, J. M^a, 1932, *Moncayo. Ciencia, Turismo, Religión*, Tarazona, tip. Luis Martínez Moreno.
- VV. AA., 1998, *Dances tradicionales en el somontano de Moncayo*, Zaragoza, Diputación de Zaragoza.